

15 de Septiembre de 1906. Año III. N.° 66.

Redacción y Administración: Barquillo, 20, 2.° Apartado en Correos núm. 336.



Pena de azotes.—Costuumbres del siglo XV.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

¿Por primera vez Arsenio Lupin va á encontrarse perplejo? ¿Su ingenio será tal que convierta en gloria una adversidad del destino? Un nuevo y prodigioso golpe se desarrollará durante el curso de la aventura que vamos á narrar.

Un violento campanillazo despierta á la portera del núm. 9 de la avenida Hoche. Tira del cordón gruñendo:

—Creo que ya ha entrado todo el mundo. ¡Son lo menos las tres!

Su marido replica:

—Será para llamar al doctor.

Efectivamente; se oye una voz que pregunta:

—¿El doctor Harel..., qué piso?

—Tercero derecha. Pero al doctor no le gusta que le molesten á esta hora.

—Es preciso que se moleste.

Este caballero sube un piso, dos pisos, y sin pararse en el del doctor, continúa hasta el quinto. Empleando dos llaves, con una hizo alzar la cerradura con la otra, la palanca de seguridad y franqueó la entrada.

—¡Ah, maravilla!—exclama—procuremos no hacer ruido.

En la antecámara, á la luz de una linterna eléctrica, coloca el abrigo y el sombrero en una percha; se envuelve los pies en sendos pedazos de tela y saca de su bolsillo un plano detallado de las habitaciones de la casa.

—Perfectamente—dice—: al lado de la calle el salón, el *boudoir* y el salón comedor. Es inútil perder el tiempo aquí, parece que la condesa tiene un gusto deplorable..., muñequitos sin valor... Vamos derechos al fin... He aquí el corredor que conduce á las habitaciones interiores. A los tres metros debo encontrar la puerta que comunica con la cámara de la conde-

sa... Ya estoy... El cerrojo se halla siempre corrido y á un metro cuarenta centímetros del suelo. Apretando ligeramente un botoncito se descorrerá... Probemos.

Aprieta un botoncito que se encuentra al lado del cerrojo y, con gran sorpresa suya, la puerta se abre.

—Bravo, Arsenio Lupin; la suerte te persigue decididamente... Tú conoces la topografía de los lugares; á la derecha hallarás la perla negra. Hay que ser más silencioso que el silencio mismo y más invisible que la noche.

Arsenio Lupin tarda una media hora para abrir la segunda puerta, puerta vidriera que comunica con la alcoba. Lo hace con tal género de precauciones, que la condesa, que él supone dormida, no puede percibir el más mínimo ruído, ni tener ninguna inquietud.

Siguiendo las indicaciones de su plano, no tenía más que seguir el contorno de una *chaise longue* que le conduciría á un sillón y después á una mesita situada detrás del lecho. Sobre esta mesa habría una caja de papel de cartas y en esta caja debía encontrarse la perla negra.

En la extremidad de la *chaise-longue* se detiene para reprimir los fuertes latidos de su corazón; no tenía para ello ningún motivo, pero le fué imposible contener la emoción que le asaltó en momentos tan solemnes. Ningún ruído se notaba, ningún peligro le amenazaba; entónces ¿por qué su corazón latía con tanta violencia? Escucha más atentamente y cree oir una débil respiración. Era preciso obrar con gran precaución.

Busca á tientas el sillón, sigue hasta la mesa y encuentra sobre ella un objeto, que reconoce ser una bujía caida. Sigue tanteando y tropieza con un reloj, uno de esos relojes de viaje forrados de cuero.

De pronto se le escapa un pequeño grito. Había tocado una cosa extraña, incomprensible. Era para volverse loco. Durante veinte, treinta segundos, permanece inmóvil, espantado, y sus dedos guardan la sensación de contacto tan extraño.

Hace un violento esfuerzo y tiende el brazo de nuevo. Su mano toca nuevamente el mismo objeto que le hacía hecho temblar: era una cabellera, un rostro..., pero estaba frío, casi glacial.

Rápidamente hace jugar el resorte de su linterna eléctrica. Una mujer yacía en el lecho, cubierta de sangre y con numerosas heridas en el cuello y espalda. Al acercarse y examinarla pudo observar que estaba muerta.

—¡Muerta, muerta!—repetía con estupor.

Y mira sus ojos fijos, la rectitud de su boca, su aire lívido y la sangre negra ya y coagulada.

Se levanta, da vuelta á la llave de la luz y la estancia se llena de gran claridad. La colocación de los objetos demostraba bien á las claras la tremenda lucha que debió tener lugar momentos antes. El lecho estaba enteramente deshecho, las sábanas desgarradas y por tierra el reloj, cuyas manecillas marcaban las once y veinte minutos. Las sillas tumbadas y todo cubierto de sangre.

—¿Y la perla negra? murmura.

La caja de papel de cartas estaba allí, en su sitio. La abre vivamente; allí estaba el estuche, pero... ¡vacío!

—¡Por vida de...!—se dice.—Esto es más de la cuenta, amigo Arsenio. La condesa, asesinada; la perla negra, desaparecida... La situación no tiene nada de agradable. Veamos cómo salimos de ella.

Quién era el asesino.

Este doble crimen fué uno de los que más intrigaron á las gentes y no se hubiera esclarecido sin la intervención de Arsenio Lupin, que más adelante veremos cómo se las compuso.

¿Quién no conocía á Leónida Zalti, la antigua cantante, esposa y viuda del conde de Andillot; la Zalti, desde hacía veinte años condesa de Andillot, cuyo lujo escandalizó á París y poseedora de una magnífica colección de diamantes y perlas, que le valían una reputación europea?

De esta colección única formaba parte la perla negra, es decir, una fortuna. Por eso ella prefería vivir en un sencillo piso, con su dama de compañía, su cocinera y un criado, antes que vender tan inestimable joya. Había otra razón poderosa por la que no quería deshacerse de ella: esta joya era el regalo de un rey. Por eso no la dejaba nunca, llevándola al cuello durante el día y ocultándola durante la noche.

Todos estos hechos, dados á la luz pública y las circunstancias extraordinarias del crimen, estimularon la curiosidad. A pesar de tantos misterios y tenebrosidades, la justicia trabajó de firme en un principio.

A la mañana siguiente los periódicos publicaban la siguiente nueva:

«Se nos comunica la detención de Víctor Danégre, criado de la condesa de Andillot. Los cargos que se le imputan están bien probados. En su librea, que M. Dubois, jefe de la Seguridad, encontró en la bohardilla, entre el colchón de muelles y las mantas, se observaron manchas de sangre. Además, faltaba un botón, botón que fué encontrado, al hacer las investigaciones, debajo del lecho de la víctima.

»Es probable que después de cenar, Danégre, en lugar de subir á su bohardilla, se deslizaría en el gabinete y por la puerta vidriera vería á la condesa ocultar sus perlas. Un punto permanecía obscuro: ¿cómo Danégre, que á las siete de la mañana estaba en el estanco del boulevard Courcelles había podido salir de la casa? La cocinera y la dama de compañía, que dormían al fin del corredor—las dos al servicio de la condesa desde hacía veinte años—afirmaban que á las ocho de la mañana, hora en que se levantaron, las puertas estaban cerradas con dos vueltas de llave, siendo así que ellas no la habían abandonado durante la noche. Sobre este punto no pudo averiguarse nada. A Ganimard, el viejo inspector que seguía este asunto, no se le quitaba de la cabeza la idea de la intervención de Arsenio Lupin. Dos suposiciones le habían conducido á que tomase cuerpo esta idea. Sincléves, cocinera y única heredera de la víctima, declaró que la condesa un mes antes de su muerte le había confiado, en una carta, el sitio donde escondía la perla negra. Esta carta había desaparecido. ¿Quién la había robado?

»Por otra parte, el portero cuenta que había abierto la puerta á un individuo, el cual había subido á casa del doctor Harel. Preguntado el doctor, contesta que nadie había llamado á su casa.»

—Entonces, ¿quién era ese otro individuo? ¿Su cómplice? Pero el crimen había sido cometido á las once y veinte minutos, es decir cuatro horas antes de la visita nocturna comunicada por el portero.

—Por aquí anda la mano de Arsenio Lupin—repetía Ganimard.

—¡Bah!—responde el juez—, usted ve por todas partes á su famososo Arsenio.

La justicia tuvo que obrar con arreglo á estas pruebas.

Los antecedentes deplorables de Víctor Danégre, reincidente, borracho y perdido, influyeron para que el juez le retuviera detenido sin más cargos que los ya anotados.

Acabada la instrucción, comenzaron los debates. Estos fueron embarazosos y largos. El presidente tomaba el asunto sin ardor. El ministerio público atacaba débilmente. En estas condiciones, el abogado defensor podría lucirse bien á sus anchas. Muestra la imposibilidad de la acusación; ninguna prueba material existía. ¿Quién había forjado la segunda llave necesaria para cerrar la puerta una vez fuera de la casa? ¿Quién había visto la llave y el cuchillo.

—Y en todo caso—concluye el defensor—, probadme que el autor del robo y del asesinato no es ese misterioso personaje que se ha introducido en la casa á las tres de la madrugada. Me diréis que el reloj marcaba las once y veinte; pero á eso os contesto yo, y estaréis conformes conmigo, que un reloj puede ponerse en la hora que á uno convenga.

Víctor Danégre fué absuelto.

(Por ser demasiado extensa esta aventura, reservamos el concluirla para el número próximo.)

Abnegación y fe.—Esclavitud voluntaria.

El desierto camino de la vida tiene también sus oasis de felicidad: del mismo modo, no siempre hemos de relatar crímenes, persecuciones y desgracias: al ocuparnos hoy de un hecho tan curioso como rigurosamente histórico, damos una prueba de que la humanidad, en medio de sus horrores y egoísmos, sabe dignificarse con actos que llevan consuelo á los espíritus.



La frecuente navegación de los puertos andaluces á las costas africanas en busca de esclavos negros para traficar con ellos, dotó á Sevilla de numeroso contingente de éstos, en el siglo XIV. Tantos fueron, que, preocupando su suerte á las autoridades, emplearon para con los mismos la mayor indulgencia, les concedieron ciertos derechos y beneficios que les pusieran á cubierto de la befa y escarnio de que eran objeto y reglamentaron su vida, condición para hacerla más grata y llevadera.

Una de esas medidas, que ponemos como tipo, consistió en elegir entre aquellos desgraciados el de mayor prestigio, y con el título de *conde* ó *mayoral*, erigirle en funcionario con autoridad sobre sus compañeros, para resolver los conflictos que pudieran presentarse, desempeñando á la vez el cargo de intermediario en las relaciones de ellos con sus amos respectivos.

Consecuencia de esa paternal organización fué el crear desde aquella época la Cofradía, todavía existente hoy, denominada del *Santísimo Cristo de la Fundación y Nuestra Señora de los Angeles*.

Antes de declararse principio dogmático el de la Inmaculada Concepción, la piedad sevillana lo había erigido en artículo de fe; pero un fraile predicador tuvo, en mala hora, la ocurrencia de mostrarse, en el púlpito, enemigo de esa opinión, y tal hecho originó grandes disgustos y repetidos conflictos, de los que en gracia á la brevedad hacemos omisión.

Fué preciso llegar al desagravio; por eso todas las Cofradías y Hermandades juzgáronse obligadas á acudir, entre otros medios, al Santo Padre, enviándole diputados para lograr la definición dogmática del misterio de la Concepción, que pusiera término á aquel estado de cosas. Al tocar el turno á la *Cofradía del Cristo de la Fundación y Nuestra Señora de los Angeles*, se encontró con que sus arcas se lia llaban exhaustas; pero lo que no puede la fe no lo puede nada.

Dos de los individuos más caracterizados de aquella Cofradía, negros libres ambos, se brindan á salir por la ciudad en busca de amo que los comprara, para con el importe de su esclavitud poder sufragar los crecidos gastos que la solemnidad demandaba, y encontrando comprador, verificóse el trato junto á los muros del convento de San Francisco, en cuyo mismo lugar se puso, para perpetua memoria, una cruz que la urbanización moderna ha hecho desaparecer. Es curiosísimo en extremo el documento de la época que lo relata.

Henchidos los pechos sevillanos de ardiente religiosidad, al conocimiento de este sacrificio, acude el pueblo todo á manos llenas con cuantiosas limosnas á aquellos invictos campeones de la religión, los cuales, no bien hechos esclavos, hallan su redención al momento y con su importe logran el cumplimiento del fin grandioso que se proponían.

Sean las que fueran las propias creencias, ¿no levanta y conforta el espíritu esta fuerza de convicción en las ajenas?

G. G. de la G.

"La Camorra,,

Con ser nada grato el espectáculo con que á diario nos brindan esos desgraciados á quienes llamamos *golfos*, al verles lucir su miseria y desvergüenza por medio de las calles, todavía podemos darnos por contentos, porque no han llegado en sus extravíos pecaminosos al punto que en otras naciones, especialmente en Italia.

Todo se andará, sin embargo; y tal maña nos daremos, que habremos de acabar porque ese plantel de delincuentes realice la evolución que ha efectuado en el país antes citado.

Allí la golfería ambulante ha dado origen á una Sociedad criminal llamada «La Camorra». Nápoles, Palermo, Catania, los centros populosos, en suma, de la región Sur italiana, son los que proporcionan numeroso contingente y los que mantienen el fuego sagrado del delito.

Forman los granujas napolitanos dos legiones: la de los adultos y la de los niños, ambas perfectamente organizadas y hasta con su reglamento verbal, que todos saben de memoria.

En «La Camorra» infantil es admitido todo pájaro sin nido, y al decir sin hogar, entiéndase también sin padre y sin madre conocidos, el cual haya realizado alguna picardía, y que á la vez sepa mirar impasible cómo se atraviesa á algún prójimo de una puñalada. Ingresan con la categoría de *giovinotti onoratti*, y ascienden luego á la de *piccinotti*, llegando algunos á ser jefes de cuadrilla, *capintesta*. Toda esta golfería infantil constituye para los adultos el grupo de los *guapi*.

La ocupación de ambas legiones es el robo, y si hay necesidad, el manejo del cuchillo.

La cofradía tiene por objeto, según sus estatutos: «Unir á toda la gente de corazón para que en toda clase de negocios y circunstancias se ayuden recíprocamente, tanto en lo moral como en lo material».

«La Camorra» impone y cobra su contribución ú honorarios á todos los elementos callejeros que viven en contacto con ella, como vendedores ambulantes, mozos de cuadra, cocheros, marineros, tenderos, músicos, *mendigos de profesión*, etc., etc., los cuales pagan gustosos la tasa que les corresponde por verse libres de las molestias y los ataques de esa *juventud dorada*.

El producto de tal impuesto se entrega íntegro á los jefes para que hagan el reparto. El 25 por 100 corresponde al *capintesta* y el resto ingresa en la caja, ó lo que es lo mismo, en el bolsillo de los administradores, que lo distribuyen entre los cofrades activos, los enfermos y los que se encuentran en la sombra por *malos quereres* ó por caprichos de la Policía.

No hay oficina ni funcionarios, porque en «La Camorra» nadie sabe escribir ni contar por números escritos; pero la administración es inmejorable como exacta y equitativa, á fuerza de haberla corregido tantas veces con la punta de los cuchillos.

Nada más desgarrado y horripilante que el traje de los *guapi* y de los camorristas mayores; pero tampoco nada más artístico que su traje interior: la piel está toda cuajada de dibujos tatuados, lo mismo en muchachos que en muchachas.

Los salvajes de la Polinesia no llegan en su habilidad artística sobre el vivo á la perfección conseguida por los salvajes de «La Camorra» Todos los crímenes, suplicios, obscenidades, emblemas estúpidos y cifras floreadas tienen su representación en el pellejo de aquellas miserables criaturas. Nuestra golfería no ha llegado á tal refinamiento estético.

El *golfo* español no es colectivista como el *piccinotto:* le agradan más el individualismo y la independencia y aunque forme algunos grupos, con su reina y todo, es pasajeramente, sin someterse á un jefe ni á autoridad alguna, porque odia al que manda, venga la autoridad de donde viniere.

Pero eso es hasta ahora; el espíritu de asociación se está desarrollando asombrosamente en España; si consigue penetrar entre esos elementos y cunde, como cunde todo lo nocivo; ¿á qué excesos no llegará en un país como el nuestro, en el que todo se exagera? — *G. G. de la G.*

Justicia expeditiva.

Para justicia rápida, ejecutiva y exenta de trabas, la de los norteamericanos: todas esas fórmulas judiciales, todas esas pruebas exigibles, todo el aspecto legal necesario para imponer y aplicar los castigos correspondientes á los hechos delictivos, son antiguallas reservadas ya á esta vieja Europa, apegada á rutinarismos de Derecho, y manteniendo aún en vigor cierta clase de inútiles respetos á la vida, á la honra y á la hacienda personal.

El *lynchamiento*, como acto colectivo de indignación popular por delitos que revisten determinada gravedad ó importancia, constituía, á nuestros ojos, dada la repetición de aquéllos, un aspecto singularísimo del modo de ser de pueblo tan especial; no eran precisas nuevas muestras para conocer el



grado de despreocupación en que vive; pero por si alguien las necesita, el siguiente relato se las proporciona.

Madame Higginson, mujer de un rentero de L'Idaho (Estados Unidos), había ido al matrimonio sin verdadero amor por su marido; su corazón latía por otro hombre, y sucedió lo que comúnmente ocurre: que, pasado algún tiempo, volvieron las aguas por donde antes iban. Supo Higginson su desgracia, y, sin andarse por las ramas, sin tratar de entendérselas con su adversario, sin entablar el engorroso pleito del divorcio, allí, donde con tanta facilidad se resuelve, se apoderó de su mujer, la desnudó de medio cuerpo arriba y, atándola por los puños y las piernas al tronco de un robusto árbol — por algo decíamos que despreciaba las ramas—, la aplicó al dorso unas tijeras de acero previamente enrojecidas al fuego, y con ellas grabó indeleblemente sus iniciales sobre las nítidas y pecadoras carnes de su consorte, sin detenerle en tan cruel operación los ayes de dolor que exhalaba.

Tranquilo y satisfecho continuó después sus ocupaciones agrícolas, sin molestarse más ni ser por nadie molestado.

Una Guardia civil modelo.

Ahora sacamos la consecuencia de que la Guardia civil, esa institución que considerábamos modernísima y exclusivamente española, existe desde que el mundo es mundo y existe en mejores condiciones que la muestra; es menos discutida, más querida y respetada y no tiene que luchar con envidiosos y caciques, que la obligan á consumir sus energías y matan sus más caras y puras ilusiones.

Las abejas, que con las hormigas constituyen el arsenal fecundo de las grandes enseñanzas, nos suministran este nuevo ejemplo de su admirable previsión.

Organizadas de modo primoroso para *producir*, era preciso el elemento necesario para *conservar*, y así, en cada colmena un nutrido grupo tiene la misión de ver quién entra en ella y de oponerse al allanamiento.

Para tal fin destácanse silenciosamente algunas abejas á registrar los rincones donde suelen anidar las orugas, grandes y blancuzcas, que son los naturales enemigos de aquella mansión del trabajo, como el ladrón lo es de toda casa honrada

Cuando se encuentran con un capullo de esos en que está escondido el enemigo, sin perder tiempo empiezan á sacar de aquéllos hilachos y echarlos fuera, cada una lo que puede, volviendo inmediatamente á la faena hasta que á fuerza de trabajo queda por completo al descubierto. Entonces sale sin hostilizarle.

¿Por qué así? Porque en esa bien entendida división del trabajo, saben que á ellas no les incumbe castigar á nadie; su oficio es atender á todo lo que se relaciona con la higiene y nada más, y á quien toca ahora entrar en funciones es á otro grupo.

Cuando la oruga, al verse descubierta, huye de su madriguera, una abeja que parece estar aburrida y sin saber qué hacer, se lanza sobre ella con presteza y á un grito ó una señal ó algo convenido que á la vista y al oído humano es inapreciable, acuden de los cuatro vientos otras abejas y entre seis ú ocho la arrastran hasta el borde exterior de la tabla y la dejan caer al suelo, abandonándola á su triste suerte. El peligro así pasó y la seguridad de la casa se ha conseguido

Para estos funcionarios no hay campañas periodísticas ni difamaciones, ni críticas; hay el respeto y la consideración de sus agradecidos compañeros, que se lo hacen saber de manera bien significativa.— *G. G. de la G.*

Servicio de Guardia civil.

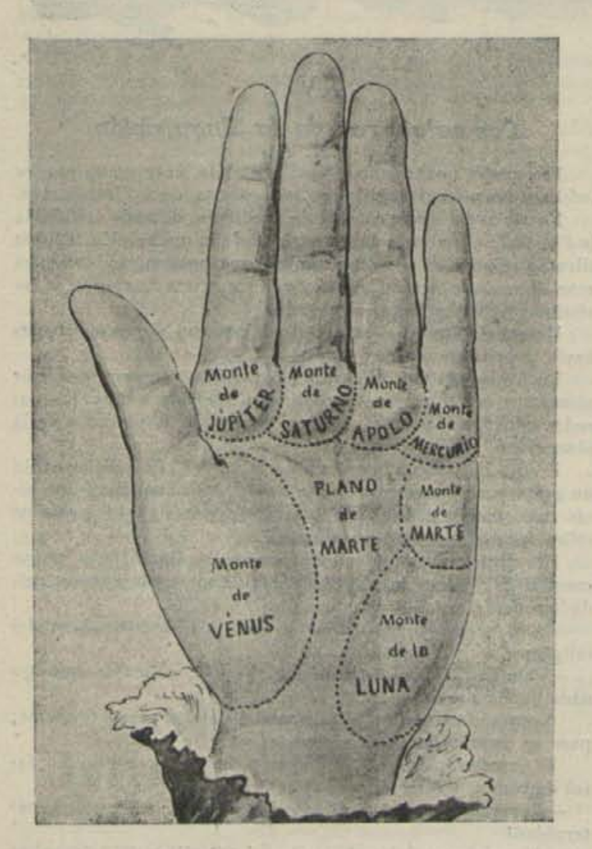
El día 28 de agosto pasado, se alteró el orden en Escatrón (Zaragoza), por consecuencia de una denuncia de leñas en una dehesa particular. Creyéndose el público con derecho á ella, se amotinaron en número de 600 hombres y fueron en actitud hostil al Ayuntamiento pidiendo autorización para cortar leña de la citada dehesa. El alcalde reclamó auxilio al comandante del puesto, el que se personó con fuerza á sus órdenes, y como los amotinados no hicieron caso de las intimaciones de los guardias, se vieron precisados á armar el cuchillo-bayoneta, á cuya vista retrocedieron las masas, no obstante ser escaso el número de guardias. Fuerza que intervino: cabo Pascasio Egido Martínez; guardias: Salvatierra, Caraballo de la Gala, Forjas y Serrano.

Nuestra enhorabuena.

La nigromancia de las manos, según la gente maleante y supersticiosa.

Los montes.

Se llaman montes las protuberancias más ó menos acentuadas, que se notan en la base de los dedos y á las cuales se les han dado diversos nombres.



Monte de Júpiter.—*Muy prominente:* religiosidad, ambición realizada, espíritu dominador y autoritario, superstición; *apenas perceptible:* irreligión, pereza, grosería.

Monte Saturno.—*Muy prominente:* reflexión, prudencia, tristeza, taciturnidad; *poco aparente:* vida insignificante.

Monte de Apolo.—*Prominente:* grandes facultades intelectuales y artísticas, amor al dinero, embustero; *poco aparente:* displicencia y tristeza.

Monte de Mercurio.—*Prominente:* amor á las ciencias, vivacidad de espíritu, imaginación inventiva; muy *prominente:* embustero, trapacero, indinación al robo; *poco aparente:* vida pasiva.

Monte de Venus.—*Prominente:* amor á la belleza y al placer; *muy prominente:* inconstancia, lujuria; *apenas perceptible:* frialdad, indiferencia, tibieza en el querer.

Monte de la Luna.—*Muy prominente:* imaginación, castidad, idealismo; *extraordinariamente elevado:* desesperación, males nerviosos; *imperceptible*: desaliento, decaimiento de ánimo, displicencia,

El plano de Marte.

En la palma de la mano se distingue un plano: el *plano de Marte*, entre el monte de la Luna y el monte de Venus, bajo el monte de Júpiter.

Si el plano de Marte es bien aparente, revela valor, bravura y pasión.

Familia de víboras.

No sólo es delincuente el que penetra por sus hechos en el campo de la penalidad marcada por los Códigos; actos hay que sin llegar á aquellos límites, implican grados de perversidad mayor que la prevista en las leyes, y por ellas castigada.

Siempre que la ingratitud media, hay una acción reprobable y cuando se efectúa en ciertas condiciones, todas las censuras resultan pequeñas y todas las penas inferiores á la que merecen.

Pocas familias han dado en el mundo, ejemplo más elocuente de desagradecimiento que la de Napoleón I. Es esta personalidad, quizá la más discutida en la historia; ninguna ha conseguido mayor idolatría y nadie ha alcanzado más apasionados ataques.

Uno de éstos ha sido el de considerarlo inhumano para con sus hermanos, y sin tratar de investigar lo fundado ó no de tal juicio en cuanto al famoso emperador, veamos el que merece toda su familia, en su correspondencia con él.

Veamos cuánto hizo por ella. Nombró á su hermano José embajador en Roma; ofreciόle la presidencia de la República romana; nombróle gran elector y alteza real; puso en sus sienes la corona de Nápoles y después la de España.

A su hermano Luciano, de cuya educación se encargó, le designó comisario de guerra en los Ejécitos de Alemania y Norte; le nombró ministro del Interior; embajador en Portugal; gran oficial de la Legión de Honor; dióle la senaduría de Popelsdorf, que valía 30.000 libras de renta, y estando en Santa Elena, pobre y abatido, olvidó los agravios que este hermano le había hecho y aun en medio de la escasez á que su destierro le obligaba, halló forma de enviarle 200.000 francos.

Tomó á su cargo, cuando sólo era segundo teniente y no contaba más que con 92 francos mensuales, á su hermano Luis, á quien educó desde niño: nombróle ayudante suyo; casóle con su hijastra; hízole general, consejero de Estado, gobernador de París y rey de Holanda.

Puso á su hermano Jerónimo en un colegio, nombróle príncipe llamado eventualmente á sucederle, otorgóle el gran cordon de la Legión de Honor, hízole general, creó para él el reino de Westfalia, constituyó su casa civil y militar y le casó con la hija del rey de Wurtemberg.

Cuidó de la educación de su hermana Elisa, que tuvo consigo mucho tiempo y dióle el principado soberano de Piombino y poco después el ducado de Toscana.

A su hermana Paulina la casó con Leclerc, oficial de su Estado Mayor, y al enviudar de éste, con el príncipe Camilo Borghere, y en cuanto á su hemana Carolina, dióle por esposo á Murat, á quien hizo sucesivamente general en jefe, gobernador de París, mariscal del Imperio, príncipe, gran almirante, gran duque de Berg y de Cleves y finalmente rey de Nápoles.

¿Cómo pagaron los hermanos tales beneficios y otros metálicos constantemente recibidos?

José hízose públicamente amigo de Mme. Stael, enemiga mortal de Napoleón; opúsose á que éste fuera nombrado emperador, le ridiculizó cuanto pudo, y como rey de Nápoles y de España, contrarió abiertamente su política.

Luciano explotó en provecho propio los importantes cargos que su hermano le confiriera; desoyó sus consejos y retirado en Roma, no se ocultó en decir cuánto deseaba la ruina de aquél, aunque fuera á costa de la derrota de las armas francesas.

Luis, rey de Holanda, no hizo el menor caso de las advertencias de Napoleón, abominó de todo lo que era francés, consintió que fuera insultada una embajada de esta nación y abandonó furtivamente el reino, con perjuicio de su hermano.

Elisa se puso de acuerdo con Murat, en contra del emperador, cuando principió á declinar la estrella de éste y Carolina y su esposo Murat fueron los que más trabajaron por la ruina de Napoleón y después de la batalla de Leipzig, le abandonaron por completo, pactando con los aliados y entrando en la coalición.

Difícilmente podrán encontrarse más víboras reunidas y más actos criminales sin castigo.

P. de la P. P.



Finalmente se levantó, y dirigiéndose al acusado, exclamó:

—¡Infeliz esclavo del demonio! ¿se ha dignado Dios escuchar mis humildes súplicas y abrir vuestros ojos cerrados á las claridades de nuestra santa fe?

—Mi fe es siempre la misma—respondió Argoso—; jamás ha variado un solo instante; tal como la recibí de mi padre, que era un piadoso cristiano, la llevaré á la tumba.

—Dios es testigo que no es por culpa mía—dijo el juez levantando los ojos al cielo.—Vamos—prosiguió mirando los atormentadores—, que le apliquen el trato de la cuerda.

A estas palabras el acusado cerró los ojos; un sordo zumbido resonó en su oído, un sudor frío inundó sus miembros y se estremeció hastas las entrañas. Los atormentadores cogieron el cable que colgaba de la bóveda.

—Continuaréis el tormento hasta que juzguemos conveniente hacerle cesar—añadió el inquisidor;—y si durante este tiempo sobreviene al acusado una lesión, ya sea fractura de un miembro, ya sea la muerte, protesto ante todos que sólo á él puede imputarse la culpa... Y ahora, cúmplase la voluntad de Dios—dijo tendiendo la mano hacia los verdugos.

Al momento los cuatro hombres enmascarados se apoderaron del infeliz gobernador, y le ataron las manos detrás de las espaldas con uno de los extremos de la cuerda que colgaba encima de su cabeza; después, cogiendo el otro extremo por medio de la polea, levantaron al paciente hasta la bóveda y le dejaron caer hasta medio pie de distancia del suelo.

El infeliz quedó casi desmayado por este terrible sacudimiento.

Los atormentadores aguardaron algunos minutos que volviese en sí, y luego que hubo vuelto á abrir los ojos, repitieron esta cruel ascención, y le dejaron caer luego tan violentamente como la primera vez.

Este suplicio duró una hora.

El infeliz gobernador no había proferido una queja; sólo su pecho palpitante y sofocado exhalaba una respiración ronca y oprimida que se asemejaba al estertor de la agonía. Sus ojos, empañados como los de un moribundo, parecían no tener que cerrarse más que con el último sueño. La cuerda que apretaba sus puños, había penetrado tanto en la carne, que la sangre del torturado chorreaba por todo su cuerpo, y su camisa, unico vestido que le quedaba, estaba manchada con un barro sangriento, porque el suelo era terroso y húmedo, y acabado el tormento, el infeliz gobernador, libertado de sus ligaduras, habría caído en tierra como una masa inerte: sus huesos dislocados y sus músculos magullados no podían ya sostenerle.

Era un espectáculo desgarrador y horrible ver á ese hombre fuerte, alto, robusto, aun en el vigor de su edad, anonadado por un tormento atroz, y ajusticiado antes de juzgarlo.

¡Qué debía esperarse de una jurisprudencia que imponía á los acusados semejantes pruebas!

Pero los inquisidores no tenían entrañas, «reinaban» por el tormento, se saciaban con agonías.

—Que vuelvan á ese hombre al calabozo—dijo Pedro Arbués con aire afligido—basta por hoy—; y volviéndose al inquisidor consejero, añadió:—Hermano mío, no olvidéis á este infortunado en vuestras oraciones.

Tal era el modo de obrar de los inquisidores con respecto á sus víctimas: cubrían la abominable dureza de su corazón con exterioridades hipócritas de una piedad profunda.

Dos esbirros levantaron en sus brazos al desgraciado gobernador, que no daba ninguna señal de vida.

XVII

Los calabozos de la Inquisición.

Era media noche, y toda Sevilla dormía, excepto tal vez los infelices presos sumergidos en las sentinas de la Inquisición.

En las avenidas de este sombrío edificio, llamado prisión de la Fe, nada alumbraba la obscuridad de la noche. Un fúnebre silencio reinaba en él; esas tumbas que encerraban vivientes eran demasiado profundas para que los gritos de agonía de las víctimas pudiesen llegar al exterior.

Un religioso y una mujer se adelantaron á pasos furtivos hacia la prisión.

La noche era tan obscura y sus vestidos tan sombríos, que ni aun un espía hubiese podido distinguirlos contra las paredes ennegrecidas que seguían, y eran su única guía en la obscuridad.

Pronto llegaron á la puerta de la cárcel. El religioso dió un golpe seco y sonoro, aunque ligero, con una llave que tenía en la mano; y al mismo instante la puerta giró lentamente sobre sus goznes como por magia.

El religioso y la mujer entraron en el edificio, y al punto cerróse suavemente la puerta sin gruñir sobre sus goznes, cuidadosamente untados de antemano con aceite.

—¡Oh! tengo miedo—dijo en voz baja la compañera del religioso.

—Calmáos, Dolores—respondió José—; calmáos; conmigo nada tenéis que temer.

Apoyóse la joven en el brazo del dominico para sostenerse, pues su corazón latía con violencia.

El carcelero, durante este tiempo, había encendido un farol de ronda, y dirigiéndose al religioso, le dijo:

—Reverendo padre, ¿á dónde debo conducir á vuestra paternidad?

—Al calabozo del gobernador de Sevilla; vé delante de nosotros.

El carcelero titubeó un instante, porque sabía con qué barbarie sería tratado por la Inquisición si llegaba á descubrir que hubiese introducido una mujer en el calabozo de un preso.

—¿Vacilas?—dijo José.

—¡Reverendo padre!...

El favorito del inquisidor general hizo sin hablar una seña imperativa.

El carcelero tomó luego la delantera sin contestar, y el fraile y la joven le siguieron.

Antes de llegar á la región subterránea donde el Santo Oficio retenía sus víctimas, descendieron por una escalera de caracol de unos cincuenta escalones.

Exhalábase de esos infectos recintos un hedor nauseabundo, insoportable. El religioso y su compañera se sintieron sofocados y prontos á desfallecer, porque sus pulmones no podían respirar este aire, pero José, más animoso, sostuvo en sus brazos á Dolores, pálida y casi desmayada, que con la mayor angustia y deteniéndose en el último escalón, exclamó:

—¡Dios mío! ¡y en este lugar está encerrado mi padre!...

—¡Valor!—dijo en voz baja el dominico—, ¡valor! pues lo necesitais.

En este momento se abrió con dificultad una pesada puerta de hierro, dejando salir una bocanada de aire tan denso y tan fétido, que parecía humo.

—Aquí está, reverendo padre—dijo el carcelero entregando al fraile el farol que llevaba en la mano—, entrad; pero, en nombre del cielo, no hagais ruido ni permanezcais mucho tiempo.

—Véte—dijo imperiosamente José tomando el farol de las

manos del carcelero—; no eres tú quien debe hacerme advertencias.

Obedeció el carcelero, y retrocedió hasta un obscuro rincón del corredor subterráneo.

Entonces, con la claridad incierta y vacilante del farol, José procuró guiar á Dolores por esta profunda obscuridad. Pasaron el umbral de aquella puerta estrecha y maciza, y después que su vista se hubo habituado un poco á la luz dudosa que les rodeaba, en el fondo del calabozo, de unos diez pies de ancho y doce de largo, percibieron sobre una tarima que ocupaba la mitad del local, un hombre echado y como dormido. Este hombre era el antiguo gobernador de Sevilla.

Estaba solo, porque los otros cinco presos que de ordinario habitaban en este recinto, habían muerto sucesivamente durante ó después del tormento.

El desgraciado Argoso, más fuerte ó más valiente, había resistido á las terribles ascensiones que sufrió; y al cabo de algunas horas que lo habían vuelto á su calabozo, recobró la vida y el dolor. En el momento en que su hija entró en el calabozo, un ligero sueño le había sustraído al suplicio de habitar aquel sitio inmundo. Algunos tiestos de barro destinados para satisfacer las necesidades naturales, y que no vaciaban más que una vez á la semana, exhalaban un hedor insoportable. Este terrible recinto sólo recibía luz por una especie de lumbrera colocada en lo alto de la pared, al nivel de la calle, y era tan húmedo, que la estera en que dormía el preso estaba enteramente podrida y se deshacía. Cuando los presos eran cinco, la tarima era pequeña, y los menos débiles dormían en la tierra fría y fangosa.

Tales eran los lugares en que la Inquisición encerraba á sus víctimas.

Aproximóse poquito á poco Dolores al catre en que yacía su padre, y juntando las manos con una expresión de dolor lastimero, le contempló algunos instantes. Sin embargo, no podía ver su rostro vuelto hacia la pared y apoyado en uno de sus brazos; parecía estar tan tranquilo, que no se atrevió á despertarle. Pero acercándose á su vez José, chocó con un cántaro que embarazaba el paso, y al ruido que hizo al caer, el gobernador levantó la cabeza; estaba tan pálido y cambiado, que sólo su hija podía reconocerle.

—¡Padre mío!—exclamó Dolores con un gemido penetrante; y sollozando se arrojó á su seno y enlazándole en sus brazos con el sublime entusiasmo de la ternura y el dolor, le estrechó contra su pecho; pero el infeliz padre no respondió á este abrazo, sino que, á su pesar, un desgarrador gemido se escapó de sus labios, porque su hija, al abrazarle, despertó los punzantes dolores de sus miembros descoyuntados.

—¿Qué tenéis? ¡oh! ¿qué tenéis, mi buen padre? —exclamó ella procurando levantarle en sus débiles brazos.

—Nada, no tengo nada, mi querida Dolores —dijo él esforzándose para sonreir: —¡oh! ¡cuán feliz soy en volver á verte!

Todo lo adivinó José, y frunciendo las cejas con un enérgico gesto de indignación, murmuró en voz baja:

—¡Oh! ¡si yo hubiese sabido esto, Dios mío!

Manuel Argoso hacía vanos esfuerzos para levantarse; sus brazos, paralizados por el sufrimiento, sus huesos dislocados, y sus músculos magullados, permanecían inertes y rehusaban obedecer á los esfuerzos de su voluntad.

Su hija, el único ser á quien amaba en el mundo, su hija, á quien había creído no volver á ver jamás, estaba delante de él, en su prisión, donde había bajado como por milagro, y no podía estrecharla con amor contra su seno; sólo podía tartamudear palabras sueltas, entrecortadas con sollozos y lágrimas.

Esta muerte exterior que le hería en vida, era un indecible tormento. Sólo sus ojos podían saciarse en contemplar á su hija; mirábala minuciosamente con un amor apasionado, con la ternura sumamente pueril de una madre, pero sin hablar; tumultuosos suspiros ahogaban su pecho, sus grandes ojos, hoscos y febriles en sus órbitas profundas, se cubrían de lágrimas, y temblaban sus labios, agitados por movimientos convulsivos.

(Continuará.)

Brutalidad y ensañamiento

París, la *Ville lumière*, el cerebro del mundo, proporciona también de cuando en cuando ejemplos notables y demostraciones evidentes de que la *bestia humana* nace, vive y se reproduce en todos los pueblos, aun en los más cultos, y en todas las latitudes, aun en aquellas menos favorables para alimentar fieras.



Como tal, y de las más crueles, actuó hace pocos días un joven obrero parisién. Lo mismo que otros de su edad, tenía una amante, hermosísima muchacha, á quien adoraba; y de igual modo que ocurre en estas relaciones generalmente, ella, que no podía ser modelo de virtud, le engañaba.

Tanto le afectó este conocimiento, que, loco de furor, juró vengarse. Y lo hizo. Encontró á la culpable en una de las principales calles, la recriminó violentamente, concluyendo por arrojarla después al suelo; luego sacó del bolsillo una navaja de afeitar, y con crueldad, con sangre fría inconcebible, la hizo varios tajos en la cara, la cortó los labios, la vació los ojos, la hizo desaparecer casi á cercén la nariz, y la dejó, en fin, en una situación tan horrible y grave, que produjo la indignación de cuantos llegaron á tiempo sólo para ser testigos del daño hecho, ya que no pudieron evitarlo.

El odioso autor, en vez de mostrar arrepentimiento, exclamó por toda explicación de su proceder:

—Ella será fea. Ya estoy vengado.

Lástima que los Códigos no tengan penas especiales y severísimas para estos monstruos, verdadera vergüenza de la humanidad.

G. G. de la G.

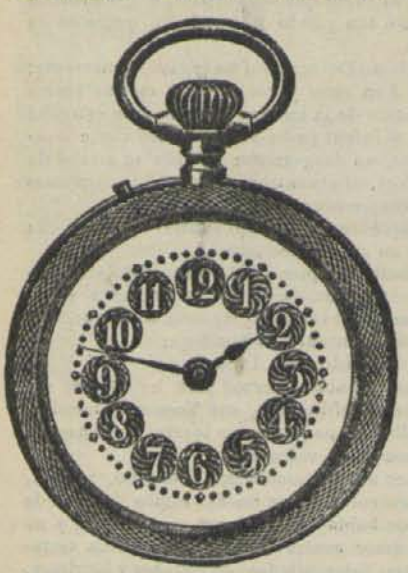
Gran Relojería



de París.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.



El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, estera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior............ **19,50 pesetas.**
Idem de acero. (Elegante)... **18.50** —
Idem de níquel puro. (Idem). **18.50** —

En 4 plazos mensuales.

EL ESPECIAL

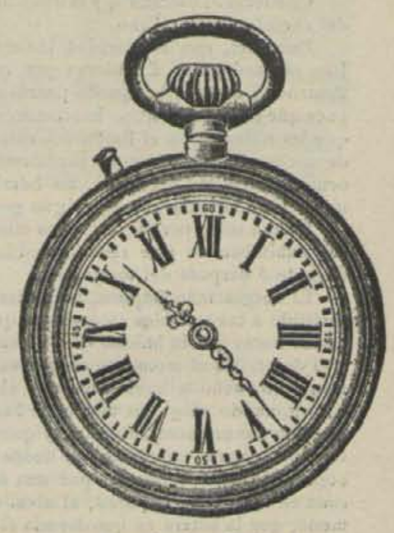
Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.



Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59. Madrid.

NOTA Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior.* Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



Regulador Patent.

De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.
En acero azulado.................. **28 ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) . **27** —
Idem grabado (no extraplano)...... **25** —
Idem en plata....................... **39** —

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata rica ornamentación ... **45 ptas.**

En 5 plazos.



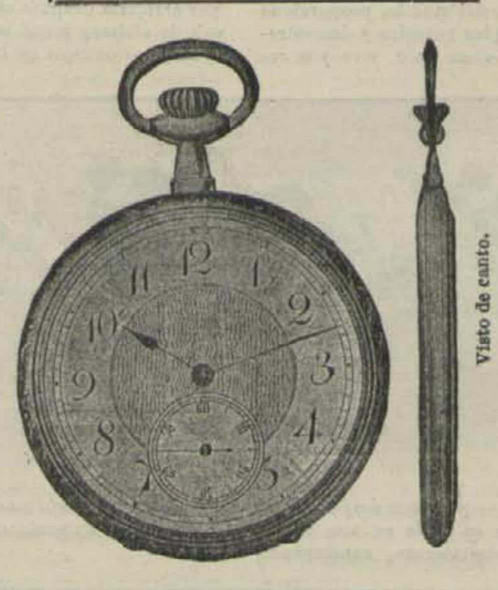
Reloj de señora, de doble tapa, símil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas**
Verdadera imitación del reloj de oro, ídem en plata, **28 pesetas.** Idem extrafina rica ornamentación, **35 ptas**

En 4 plazos mensuales.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina, de acero azul, **20 pesetas.** Idem extraplano, **25 pesetas.** 1.ª clase extra, **30 pts.**

En 4 plazos mensuales.

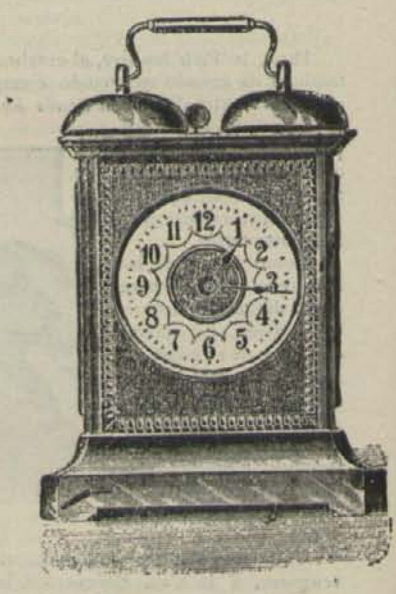


Visto de canto.

Reloj elegancia novedad.

El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora, 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata De caja de acero azulado, **40 pesetas.** Caja de plata, rica ornamentación. **45 pesetas.** Idem doble tapa, **62 ptas.**

En 5 plazos mensuales.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas.

Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.